

<https://info.nodo50.org/Lo-que-Ruanda-nos-ensena-sobre-el-genocidio.html>



Investigaciones sobre genocidios: hablan sus autores

Lo que Ruanda nos enseña sobre el genocidio

- Noticias - Noticias Destacadas -



Fecha de publicación en línea: Domingo 28 de abril de 2024

Copyright © Nodo50 - Todos derechos reservados

[Se cumplen 30 años del comienzo del genocidio de 1994 en Ruanda, en el que miembros de la etnia hutu asesinaron a unas 800.000 personas de comunidades tutsis. El suceso es hoy uno de los más investigados. Estos estudios son difíciles porque, entre otras razones, el genocidio casi acabó con la comunidad académica de Ruanda. Pero los esfuerzos, especialmente de los investigadores locales, están ayudando a informar sobre las respuestas a otras crisis violentas y los enfoques para la curación a largo plazo. Nature se reunió con estos investigadores.]

[Una fotografía de 1994 muestra el altar de la iglesia de Ntarama, donde más de 5.000 personas fueron asesinadas durante el genocidio contra los tutsis. Crédito: Lane Montgomery/Getty] Una fotografía de 1994 muestra el altar de la iglesia de Ntarama, donde más de 5.000 personas fueron asesinadas durante el genocidio contra los tutsis. Crédito: Lane Montgomery/Getty.

Kigali, Ruanda

La iglesia de Ntarama, a 45 minutos en coche al sur de la capital ruandesa, Kigali, es un edificio de ladrillo rojo de unos 20 metros de largo por 5 de ancho. En su interior se encuentran elementos propios de las iglesias católicas de todo el mundo: bancos para los fieles, un altar, vidrieras y una cruz que adorna la entrada. Luego están las cicatrices de lo inimaginable: montones de ropa manchada de sangre colgada a lo largo de las paredes y vitrinas con más de 260 cráneos humanos, muchos fracturados o destrozados, algunos con armas oxidadas que aún los penetran. Al lado, palos de madera y garrotes toscamente tallados se apoyan en el altar.

Ntarama es el lugar de una de las muchas masacres ocurridas durante el genocidio de 1994 contra los tutsis en Ruanda, una de las peores atrocidades de finales del siglo XX. A partir del 7 de abril de ese año, en 100 días de espeluznante violencia, miembros de la etnia hutu asesinaron sistemáticamente a unos 800.000 tutsis -o más de un millón, según el gobierno ruandés y otras fuentes-. Entre los asesinos había desde milicias hasta ciudadanos de a pie, y los vecinos se enfrentaban a sus vecinos. También fueron asesinados muchos hutus moderados y algunos miembros de la minoría twa.

Más de 5.000 tutsis fueron asesinados en Ntarama, entre ellos bebés, niños y mujeres embarazadas, muchos de los cuales fueron violados antes de ser asesinados, afirma Evode Ngombwa, responsable del lugar en el Memorial del Genocidio de Ntarama, uno de los seis lugares de Ruanda que conmemoran la atrocidad. "La gente utilizaba dinero para sobornar a los perpetradores y así poder elegir la forma de ser eliminados. En lugar de matarlos a machetazos, podían elegir que les dispararan", dice Ngombwa mientras me acompaña por la iglesia. Aunque cada año se encuentran más restos, en la actualidad hay unas 6.000 personas enterradas en fosas comunes.

Este mes, Ruanda y el mundo comienzan las conmemoraciones para marcar los 30 años desde el comienzo de esta monstruosidad. El genocidio es actualmente uno de los más estudiados. Investigadores de ciencias sociales y políticas, especialistas en salud mental, genetistas y neurocientíficos han estudiado el acontecimiento y sus consecuencias de una forma que no había sido posible en anteriores actos de barbarie.

Este trabajo es especialmente importante ahora a la luz de las violentas crisis que se viven en varias partes del mundo, como en [Ucrania](#), [Israel y Gaza](#), [Sudán](#) y la República Democrática del Congo. Aunque se debate si estos conflictos se ajustan a la definición de genocidio, algunos comparten características similares. Las investigaciones realizadas sobre atrocidades como el genocidio de Ruanda pueden ayudar a fundamentar las respuestas y los enfoques a largo plazo para la recuperación.

A pesar de las dificultades de estos estudios, los investigadores afirman que están trabajando para desarrollar una teoría del genocidio y de las condiciones que estimulan la violencia masiva. Están proporcionando orientación a los primeros intervinientes, así como a quienes participan en la consolidación de la paz y apoyan a los supervivientes de otros asesinatos masivos sistemáticos y de la guerra. Algunos de sus enfoques se han utilizado en otros conflictos. Y la investigación sobre Ruanda está ofreciendo lecciones sobre cómo los académicos pueden mejorar los estudios de acontecimientos similares.

"Los estudios sobre genocidios son importantes", afirma Phil Clark, investigador de política internacional del SOAS, perteneciente a la Universidad de Londres, que lleva más de dos décadas estudiando Ruanda. "Si podemos empezar a entender por qué y cómo ocurren los genocidios, y sobre todo si podemos comparar genocidios en todo el mundo, lo ideal sería que pudiéramos construir una teoría general de cómo estos terribles sucesos son siquiera posibles".

Una de las lecciones que se desprenden de Ruanda es la importancia de implicar -y apoyar- a los investigadores locales, cuyo trabajo, conocimientos lingüísticos y acceso a comunidades traumatizadas pueden ser esenciales para comprender las raíces de la violencia y las mejores técnicas de reconciliación. Esto puede resultar difícil, en el caso de Ruanda porque el genocidio acabó con casi toda su comunidad académica. Ahora, a través de programas destinados a dar voz a los académicos locales, su trabajo está llegando por fin a un público más amplio.

Patrones de violencia

Antes de 1994, el campo de los estudios sobre genocidios estaba dominado por el Holocausto, el asesinato sistemático de 6 millones de judíos por la Alemania nazi durante la Segunda Guerra Mundial. "Sólo en los últimos 20 años se ha hablado de otros genocidios", afirma Clark. Pero la investigación sobre Ruanda no comenzó inmediatamente. "No fue hasta unos 10-15 años después del genocidio cuando los estudiosos empezaron a preguntarse realmente qué llevó a cientos de miles de civiles a participar en actos de violencia masiva".

Los estudiosos dicen que es importante no olvidar el fuerte vínculo del genocidio con el colonialismo en Ruanda. A principios del siglo XX, los colonizadores belgas empezaron a dividir formalmente a los ruandeses en clases sociales: Hutu, Tutsi y Twa. Las designaciones se basaban a menudo en ideas pseudocientíficas, como la frenología y observaciones arbitrarias, como el número de cabezas de ganado que poseía una persona. Las tensiones étnicas entre hutus y tutsis se intensificaron a lo largo de las décadas y se produjeron varias masacres de tutsis en el periodo previo a 1994. Esto preparó el terreno para el genocidio, un término jurídico que se define por la comisión de ciertos crímenes con la intención de destruir a un grupo concreto, y que está codificado por la Convención de las Naciones Unidas sobre el Genocidio de 1948.

Cada genocidio es único, afirma Timothy Longman, politólogo de la Universidad de Boston (Massachusetts), que viajó por primera vez a Ruanda en 1992 y regresó en 1995 como investigador de Human Rights Watch, organización no gubernamental internacional que fue una de las primeras en investigar el suceso. "Pero también hay algunos patrones comunes", afirma. Los investigadores pueden aprender mucho del estudio de casos como Ruanda, el Holocausto y otros genocidios, afirma. "Ayuda a prevenir que la violencia se produzca en otros lugares".

Una de las principales aportaciones científicas de los estudios realizados hasta la fecha son los conocimientos de los investigadores en salud mental, muchos de los cuales estuvieron sobre el terreno inmediatamente después. A lo largo de las tres últimas décadas, han documentado el trauma inicial de todo un país y la lenta recuperación de los supervivientes y sus hijos, muchos de los cuales son propensos a sufrir nuevos traumas. Con pocos recursos disponibles, Ruanda tuvo que desarrollar sus servicios de salud mental y ha adquirido una experiencia única en la

respuesta a las secuelas de la monstruosa violencia.

[<https://info.nodo50.org/local/cache-vignettes/L400xH232/imagen3-1-243b9.png>]

Consecuencias complejas. La encuesta más comprehensiva de salud mental de la población de Ruanda, llevada a cabo en 2018, muestra que los supervivientes del genocidio muestran altas tasas de trauma, depresión y pánico, y con frecuencia se ven afectados por más de un problema de salud mental. Fuente: Y. Kayiteshonga et al. Rwanda Mental Health Survey 2018 (Govt of Rwanda, 2021).

En el Centro Biomédico de Ruanda (CBR), en Kigali, la principal organización sanitaria del país, Jean Damascène Iyamuremye recuerda su experiencia de 1994. "Fui testigo de todo lo que ocurrió". Iyamuremye era un joven de 28 años que se estaba formando para ser auxiliar médico, pero el genocidio le impulsó a especializarse en salud mental. Formó parte del primer personal médico que prestó apoyo a los supervivientes. "Éramos como bomberos", dice Iyamuremye, que ahora es director de la unidad psiquiátrica de la división de salud mental del RBC, que supervisa los servicios en todo el país.

Los primeros cuidados vinieron sobre todo de fuera. Organizaciones no gubernamentales proporcionaron intervenciones psicológicas como asesoramiento a los supervivientes, la mayoría de los cuales habían sufrido violencia física y traumas emocionales inimaginables a causa de los asesinatos en masa de los que habían sido testigos. Tras el genocidio, el 96% de los ruandeses sufrieron trastorno de estrés postraumático (TEPT) como consecuencia de la violencia extrema 1/.

El país tardó en desarrollar sus propios recursos de salud mental. En 1994, Ruanda sólo contaba con un psiquiatra, Naasson Munyandamutsa, que en aquel momento vivía en Suiza y perdió a la mayor parte de su familia en la violencia. Munyandamutsa regresó rápidamente a Ruanda para trabajar en el único hospital psiquiátrico del país, donde empezó a formar a asistentes de salud mental y psiquiatras. Mientras Munyandamutsa, fallecido en 2016, dirigía la formación de profesionales en Ruanda, muchos ruandeses viajaban al extranjero para formarse. Pero cerca de la mitad no regresó, dice Iyamuremye.

No fue hasta 2014 cuando Ruanda tuvo su propia escuela de psiquiatría, en la Universidad de Ruanda en Kigali. Incluso ahora, el país solo cuenta con 16 psiquiatras, 13 de los cuales se graduaron en ese centro, para atender a una población en rápido crecimiento de 13,5 millones de habitantes.

Las intervenciones basadas en la evidencia para los supervivientes, como el asesoramiento, la terapia cognitivo-conductual y la medicación, han continuado, pero la gente continúa llevando importantes cicatrices mentales de sus experiencias (véase "Consecuencias complejas"). En la encuesta de salud mental más completa de Ruanda hasta la fecha, realizada por el RBC en 2018, alrededor del 28% de los sobrevivientes del genocidio informaron síntomas de TEPT, en comparación con el 3,6% de la población general (ver "La larga sombra del trauma").

[<https://info.nodo50.org/local/cache-vignettes/L400xH332/imagen4-40712.png>]

La larga sombra del trauma. El año posterior al genocidio de 1994, una encuesta sugirió que casi toda la población de Ruanda experimentó un trastorno por estrés postraumático (PTSD). Encuestas posteriores muestran que la prevalencia de PTSD en los supervivientes disminuyó, pero que casi el 30% de las supervivientes aún experimentaron estos efectos. Fuentes: Ref. 1; A. Eytan et al. Int. J. Soc. Psychiatr. 61, 363–372 (2015); Y. Kayiteshonga et al. Rwanda Mental Health Survey 2018 (Govt of Rwanda, 2021).

La larga sombra del trauma. El año posterior al genocidio de 1994, una encuesta sugirió que casi toda la población de Ruanda experimentó un trastorno por estrés postraumático (PTSD). Encuestas posteriores muestran que la prevalencia de PTSD en los supervivientes disminuyó, pero que casi el 30% de las supervivientes aún experimentaron estos efectos. Fuentes: Ref. 1; A. Eytan et al. Int. J. Soc. Psychiatr. 61, 363–372 (2015); Y.

Kayiteshonga et al. Rwanda Mental Health Survey 2018 (Govt of Rwanda, 2021).

Traumas entre generaciones

En el Hospital Militar de Ruanda, a las afueras de Kigali, [Léon Mutesa](#), médico y, durante mucho tiempo, único genetista del país, atiende a madres y bebés en su clínica pediátrica. Mutesa, que dirige el Centro de Genética Humana de la Universidad de Ruanda, fue el primero en explorar los efectos del trauma ruandés a nivel genético. Cuando estudiaba a principios de la década de 2000, Mutesa observó que los niños nacidos de mujeres que habían estado embarazadas en 1994 también mostraban signos de trauma. Durante las conmemoraciones, los niños expresaban síntomas como TEPT, depresión, ansiedad y alucinaciones por un acontecimiento que no habían vivido.

Inspirándose en estudios sobre [supervivientes del Holocausto](#) 2/, Mutesa ideó un pequeño estudio para investigar si el trauma del genocidio había dejado marcas epigenéticas en el ADN de los individuos mediante la adición de grupos metilo a determinadas regiones.

En ese estudio 3/, realizado en 2012, el equipo de Mutesa tomó muestras de sangre de mujeres embarazadas en 1994 y de sus hijos, así como de participantes de control que no estuvieron expuestos al genocidio. El equipo halló pruebas de que las supervivientes del genocidio y sus hijos presentaban marcas epigenéticas similares en determinadas secciones del ADN.

Con la esperanza de iniciar un estudio más amplio, Mutesa colaboró con Stefan Jansen, un neurocientífico belga que llevaba en la Universidad de Ruanda desde 2011. En 2017, la pareja, con colaboradores estadounidenses, obtuvo financiación de los Institutos Nacionales de Salud de Estados Unidos para ampliar sus investigaciones.

"Descubrimos que aquellas madres que estuvieron expuestas tenían alrededor de 24 regiones metiladas diferencialmente, lo que es realmente alto en comparación con el grupo de control", nos dijo Clarisse Musanabaganwa, analista de investigación médica en el RBC que formó parte del equipo de Mutesa y Jansen. El equipo descubrió que muchas de las regiones metiladas eran las mismas en las madres y en los niños de las que estaban embarazadas durante el genocidio 4,5/. Esta investigación muestra una forma en que el trauma puede trascender al menos una generación, y los investigadores sugieren que los efectos duraderos podrían transmitirse a través de múltiples generaciones mediante un mecanismo de herencia epigenética.

Pero la [idea de la herencia epigenética multigeneracional es controvertida](#). Muchos científicos se muestran escépticos sobre si las marcas de metilación en el ADN humano pueden heredarse.

"No conozco ningún caso realmente convincente en el que se haya demostrado la herencia transgeneracional, es decir, la herencia de los patrones de metilación", afirma Timothy Bestor, biólogo molecular de Gaylordsville (Connecticut) y emérito de la Universidad de Columbia (Nueva York).

Pero Mutesa y Jansen están viendo algunos beneficios prácticos de su trabajo. Cuando los científicos explicaron a los participantes en el estudio que sus traumas podían influir en sus hijos, observaron que la capacidad de recuperación de los participantes aumentaba. Por ejemplo, si los hijos de los supervivientes obtenían malos resultados escolares, los padres veían ahora una posible razón. Los investigadores podían apoyar a los niños con psicoterapia. "Ahora podían entender por qué les ocurría esto a sus hijos", afirma Mutesa.

Los estudios biológicos también tienen una importancia más amplia, dice Jansen. "Queremos evidenciarlo y que

quede registrado para la historia: esto es lo que ocurrió". Las pruebas ayudan a luchar contra la negación del genocidio, afirma.

Más allá de los análisis epigenéticos, Jansen y sus colegas han reforzado los enfoques metodológicos para estudiar la salud mental de la población en Ruanda. Estos estudios han servido de base para la investigación de conflictos en otros lugares, como Irak, afirma Jansen.

Lecciones de Ruanda

La mayor parte de la investigación sobre el genocidio de Ruanda se ha centrado en las ciencias sociales y las humanidades, estudiando temas que van desde la reconciliación, la consolidación de la paz y la justicia hasta el papel de las denominaciones étnicas en una sociedad después de un conflicto. Por ejemplo, el vecino Burundi, que sufrió violencia étnica en una guerra civil de aproximadamente una década que comenzó en 1993, optó por reconocer las etnias, mientras que el gobierno ruandés erradicó las distinciones étnicas formales tras el genocidio. En un estudio mundial ^{6/} en el que se compararon países que habían adoptado uno u otro enfoque tras la guerra, los que optaron por reconocer a los grupos étnicos obtuvieron mejores resultados en indicadores sociales como la paz, la democracia y la economía.

La creciente literatura sobre genocidios ha revelado que tienen enormes ramificaciones que se extienden mucho más allá de las fronteras de los países donde ocurren, afirman los investigadores.

"En términos de la magnitud de la violencia, la extensión de la conmoción, la magnitud del sufrimiento, son acontecimientos de enorme importancia", afirma Scott Straus, politólogo de la Universidad de California en Berkeley.

Los estudios habían sido realizados casi exclusivamente por académicos occidentales, [aunque eso está empezando a cambiar](#). En la última década, cuando se empezó a hablar de descolonizar la investigación en el mundo académico, Clark empezó a trabajar con el Aegis Trust, con sede en el Reino Unido, que gestiona el Memorial del Genocidio de Kigali. Un análisis realizado por Clark y sus colegas de 12 revistas relevantes mostró que, desde 1994 hasta 2019, solo el 3,3% de los estudios sobre la Ruanda posterior al genocidio habían sido realizados por académicos de la nación (véase go.nature.com/3qapae7). En 2014, con financiación de las agencias de desarrollo sueca y británica, el Aegis Trust puso en marcha el programa Investigación, Política y Educación Superior (RPHE por sus siglas en inglés), una iniciativa para estimular a los académicos ruandeses a presentar propuestas de investigación.

"Hay matices culturales que tienen que ser contados por las mismas personas que viven esas experiencias", afirma Sandra Shenge, directora de programas de Aegis Trust, con sede en el Memorial del Genocidio de Kigali, y antigua gestora de RPHE. Las subvenciones eran modestas: sólo 2.500 libras esterlinas (3.150 dólares) cada una. Pero la respuesta al programa fue asombrosa, afirma Shenge. La primera convocatoria recibió más de 500 solicitudes.

El objetivo era que los estudiosos ruandeses compartieran sus historias y que investigadores externos les prestaran apoyo con asesoramiento sobre metodología, publicación y la mejor forma de difundir los resultados. Estos estudios se recogen en un recurso llamado [Genocide Research Hub](#).

"El RPHE ha sido lo mejor que les ha pasado a los investigadores ruandeses", afirma Munyurangabo Benda, filósofo de la religión de la Queen's Foundation, una universidad ecuménica de Birmingham (Reino Unido). "Es el único espacio donde la investigación ruandesa ha empezado a tener impacto en la política".

La investigación de Benda 7,8/, respaldada por el RPHE, ya ha influido en la política. Su proyecto examinó un programa estatal sobre reconciliación que había surgido de un esfuerzo popular. Su trabajo sobre el sentimiento de culpa de los hijos de hutus se inspiró en la experiencia de su sobrino en Dinamarca, cuyo padre era hutu. Un día, la clase de su sobrino estudiaba el genocidio de Ruanda y sus compañeros le preguntaron: "¿Tu familia eran asesinos o supervivientes?". Su sobrino quedó traumatizado.

La investigación ayudó a dar forma a los programas que el gobierno ruandés ofrece a estudiantes de distintas edades, dice Benda.

El programa RPHE también ofrece lecciones para que la comunidad académica en general sea más integradora. Según Clark, "el problema está en los editores de revistas y los revisores", que a menudo descartan trabajos de Ruanda y otros países debido a ideas preconcebidas sobre la calidad basadas en el lugar donde se ha producido el trabajo.

Una teoría de los genocidios

Otra autora cuyo trabajo se ha publicado a través del Genocide Research Hub es la socióloga Assumpta Mugiraneza 9/. Desde una oficina en lo alto de una colina con vistas a Kigali, Mugiraneza dirige una organización llamada Centro IRIBA para el Patrimonio Multimedia. Iriba significa "fuente" en kinyarwanda, y el centro recopila archivos audiovisuales de testimonios del genocidio y de la vida antes de 1994.

Mugiraneza dice que empezó este trabajo para captar el patrimonio de Ruanda, que corría peligro de desaparecer. Las tradiciones orales históricas del país fueron erosionadas por la colonización, que impuso la lectura y la escritura. Como resultado, la historia de Ruanda se escribe sin este rico patrimonio, dice Mugiraneza. "Volvamos a lo que tenemos en común: el sonido y la imagen".

El centro, dice, está diseñado "para apoyar el proceso de reapropiación del pasado". Para reflexionar sobre el genocidio, "debemos atrevernos a buscar humanidad allí donde la humanidad ha sido negada".

El trabajo del IRIBA es extraordinario, dice Zoe Norridge, que estudia literatura y cultura africanas en el King's College de Londres. "Es el tipo de trabajo que pueden hacer los eruditos ruandeses en profundidad de una forma que creo que los de fuera nunca llegan a alcanzar".

Los investigadores coinciden en que estudiar las atrocidades es una empresa difícil. "La investigación implica hablar con supervivientes que han soportado un horror inimaginable y ponerse en situación de escuchar y oír y ser empático", afirma David Simon, que dirige el Programa de Estudios sobre el Genocidio de la Universidad de Yale en New Haven, Connecticut.

Sin embargo, los estudiosos afirman que, a través de estos estudios, están desarrollando una comprensión más amplia mediante la identificación de similitudes entre diferentes genocidios. Entre ellos, lo ocurrido en Ruanda y el Holocausto, así como en el genocidio del pueblo armenio en 1915 y de los pueblos herero y nama en lo que hoy es Namibia, a partir de 1904.

Todos ellos comparten ingredientes comunes, según los investigadores. El primero es la racialización de los miembros de la sociedad y la identificación de un segmento "inferior" de la población que debe ser eliminado. Otros factores son la planificación de masacres organizadas y la difusión de una ideología en toda una sociedad. El último

componente es la implicación del Estado y sus instituciones, como los centros religiosos y las escuelas, como participantes en las matanzas, afirma el historiador Vincent Duclert, que es el principal estudioso francés del genocidio de 1994.

Los estudios en Ruanda ayudaron a solidificar la teoría, dice Duclert. "Este patrón se vio realmente reforzado por el genocidio de los tutsis".

Otra lección de Ruanda, dicen los investigadores, es la necesidad de buscar múltiples narrativas: de personas de dentro y fuera de la región, y tanto de los perpetradores como de los supervivientes. "En 1994, y en los años inmediatamente posteriores, existía una narrativa muy simple sobre el genocidio ruandés impulsado por antiguos odios tribales, y que casi se explicaba por sí misma", afirma Elisabeth King, que estudia la paz, los conflictos y la educación en la Universidad de Nueva York. Según King, los académicos tienen un papel crucial que desempeñar en la elaboración de explicaciones matizadas de los complejos factores políticos y sociales que subyacen a estos sucesos. Esas explicaciones, a su vez, pueden ayudar a los investigadores y a otras personas a comprender por qué se cometen atrocidades y, en última instancia, contribuir a desarrollar enfoques que ayuden a detenerlas.

Straus también estudia los factores causales compartidos por diferentes genocidios y por qué algunos conflictos que tienen los ingredientes del genocidio no llegan a convertirse en ellos: la violencia en Mali en los años noventa y en Costa de Marfil a principios de la década de 2010 son dos ejemplos 10/.

Algunos estudiosos afirman que estudiar los genocidios puede reportar muchos beneficios, pero que impedir que se produzcan es, en última instancia, una cuestión política que deciden las naciones y los organismos internacionales.

Aggée Shyaka Mugabe, director en funciones del Centro de Gestión de Conflictos de la Universidad de Ruanda, se muestra pesimista sobre la medida en que el estudio de los genocidios puede, en última instancia, detenerlos. "Lo que publicamos informa a las políticas públicas", afirma Mugabe, que estudia la justicia transicional y la consolidación de la paz 11/. Pero eso no se traduce en algo que la gente corriente pueda entender, añade.

También hay quien teme que a los investigadores ruandeses les resulte difícil estudiar libremente temas relacionados con el genocidio, debido a la presión del gobierno para que sigan una determinada narrativa sobre cuestiones políticamente delicadas. Pero Mugabe rechaza la idea de que la investigación realizada dentro de Ruanda no sea útil debido a la presión política percibida. "Algunos de mis trabajos tienen un aspecto crítico", afirma. "No hay ninguna policía que intente decirme qué escribir o qué no escribir".

Historias de supervivientes

Una de las preocupaciones de los expertos es que se haya prestado menos atención a las voces de los supervivientes, dado que las investigaciones judiciales se han centrado especialmente en los agresores.

Jean Pierre Sagahutu es uno de esos supervivientes. "No puedo contar todo lo que ocurrió en 1994 porque es demasiado duro", afirma. "Lo recuerdo todo como si fuera ayer", dice. "Es como si lo estuviera viendo ahora". Sagahutu sobrevivió escondiéndose en una fosa séptica durante más de dos meses. En ese tiempo, su padre y su madre fueron asesinados. Sagahutu, con formación de contable, empezó a conducir taxis tras el genocidio y trabajó como "mediador" para personas que visitaban el país para realizar proyectos, a menudo entrevistando a genocidas, los autores de la violencia contra los tutsis. "A veces me dolían los oídos, pero me hacía comprender lo que la gente había hecho realmente. Y al final, se convirtió en una terapia".

En 2019, conoció a Duclert, a quien el presidente francés Emmanuel Macron había encargado un estudio sobre el papel de Francia en el genocidio, debido en parte al apoyo del gobierno francés al gobierno hutu de Ruanda antes del genocidio. En 2021, Duclert presentó su informe de 1.000 páginas ^{12/}, que concluía que las autoridades francesas vieron indicios de que se avecinaba un genocidio ya en 1990, pero no tomaron medidas suficientes para detenerlo.

Sagahutu valora positivamente el informe de Duclert, pero afirma que los estudiosos tienen más trabajo por hacer: "Me gustaría que los investigadores intentaran aprender, indagar de verdad y averiguar cuáles fueron las causas reales del genocidio", afirma. "Porque el genocidio no fue debido al azar, sino algo que se había preparado bien durante mucho tiempo".

Una de las herramientas más importantes para los investigadores es registrar el testimonio de los supervivientes, afirma Yolande Mukagasana, autora del primer relato exhaustivo de un superviviente del genocidio, que se publicó en francés en 1997 ^{13/}. Mukagasana, que ahora tiene 69 años, sigue siendo escritora y activista, y está decidida a mantener viva la memoria del genocidio contra los tutsis. Como parte de su trabajo, ha hablado con supervivientes de otros genocidios y asesinatos en masa, y ve similitudes en estos sucesos, independientemente del lugar del mundo en el que ocurrieron. "La ideología del odio es la misma", afirma, y añade que los supervivientes experimentan "exactamente el mismo sufrimiento".

En 1994, Mukagasana era enfermera y una mujer tutsi de éxito que dirigía su propia clínica de salud. Cuando empezaron las matanzas, Mukagasana y su marido se separaron, con la esperanza de que sus tres hijos estuvieran más seguros con él. Durante los meses del genocidio, en los que estuvo protegida por los hutus, empezó a escribir su testimonio en trozos de papel, como paquetes de cigarrillos.

El marido y los hijos de Mukagasana fueron asesinados. Cuando se puso a salvo en el Hôtel des Mille Collines -que aparece en la película de 2004 *Hotel Rwanda*-, una de las primeras cosas que quiso fue un bolígrafo y un papel para dejar constancia de lo sucedido.

En el IRIBA, Mugiraneza es consciente de la importancia de documentar los acontecimientos de 1994. Pero también se esfuerza por recoger pruebas de la vida anterior. "Los matrimonios. Las canciones de amor. Los edificios, los proverbios, las historias: todas esas cosas que son tan magníficas pero que se consideran triviales".

"Las personas gestionamos un espacio para pensar, para dar sentido a la vida, lo que nos permite comprender mejor lo que son el exterminio y la muerte".

05/04/2024

Nisha Gaind

Posdata:

Referencias

- Neugebauer, R. et al. [Int. J. Epi.demiol](#) **38**, 1033–1045 (2009).
- Yehuda, R. & Bierer, L. M. [Progr. Brain Res.](#) **167**, 121–135 (2007).
- Perroud, N. et al. [World J. Biol. Psychiatry](#) **15**, 334–345 (2014).
- Musanabaganwa, C. et al. [Epigenomics](#) **14**, 11–25 (2022).
- Musanabaganwa, C. et al. [Epigenomics](#) **14**, 887–895 (2022).

Lo que Ruanda nos enseña sobre el genocidio

- King, E. & Samii, C. [Diversity, Violence, and Recognition: How Recognizing Ethnic Identity Promotes Peace](#) (Oxford Univ. Press, 2020).
- Benda, R. M. [Youth Connekt Dialogue: Unwanted Legacies, Responsibility and Nation-building in Rwanda](#). Working Paper (Genocide Research Hub & Aegis Trust, 2017).
- Benda, R. M. in [Rwanda Since 1994: Stories of Change](#) (eds Grayson, H. & Hitchcott, N.) 189–210 (Liverpool Univ. Press, 2019).
- Chemouni, B. & Mugiraneza, A. [Afr. Aff. 119](#), 115–140 (2020).
- Straus, S. [Making and Unmaking Nations: War, Leadership, and Genocide in Modern Africa](#) (Cornell Univ. Press, 2015).
- Ndahinda, F. M. & Mugabe, A. S. J. [Genocide Res. 26, 48–72](#)(2024).
- Duclert, V. France, Rwanda and the Tutsi — Genocide (1990–1994) — Report Submitted to the President of the Republic on 26 March, 2021 (Armand Colin, 2021).
- Mukagasana, Y. *La mort ne veut pas de moi* (Fixot, 1997).